



# LA MENTE BIEN ORDENADA

---

REPENSAR LA FORMA,  
REFORMAR EL PENSAMIENTO

---

EDGAR MORIN

 **siglo veintiuno**  
editores

# CONTENIDO

## Prefacio

1. Los desafíos
  2. La mente bien ordenada
  3. La condición humana
  4. Enseñar a vivir
  5. Enfrentar la incertidumbre  
(Continuación de Enseñar a vivir)
  6. El aprendizaje ciudadano
  7. Los tres niveles
  8. La reforma del pensamiento
  9. Más allá de las contradicciones
- Anexo 1. El hoyo negro de la laicidad
- Anexo 2. Inter-poli-trans-disciplinaridad
- Anexo 3. La noción de sujeto

educación

*traducción de*  
ricardo ancira

LA MENTE BIEN ORDENADA  
REPENSAR LA REFORMA.  
REFORMAR EL PENSAMIENTO

*por*

EDGAR MORIN

 **siglo veintiuno**  
editores

**siglo xxi editores, méxico**

CERRO DEL AGUA 248, ROMERO DE TERREROS, 04310, CIUDAD DE MÉXICO

[www.sigloxxieditores.com.mx](http://www.sigloxxieditores.com.mx)

**siglo xxi editores, argentina**

GUATEMALA 4824, C1425BUP, BUENOS AIRES, ARGENTINA

[www.sigloxxieditores.com.ar](http://www.sigloxxieditores.com.ar)

**anthropos editorial**

LEPANT 241-243, 08013, BARCELONA, ESPAÑA

[www.anthropos-editorial.com](http://www.anthropos-editorial.com)

---

CATALOGACIÓN EN LA PUBLICACIÓN

Nombres: Morin, Edgar, autor | Ancira, Ricardo, traductor

Título: *La mente bien ordenada : repensar la forma, reformar el pensamiento* / por Edgar Morin ; traducción de Ricardo Ancira

Descripción: Segunda edición. | Ciudad de México : Siglo XXI Editores, 2020. |

Serie: Educación

Traducción: *La tete bien faite. Repenser la réforme. Réformer la pensée*

Identificadores: e-ISBN 978-607-03-1067-6

Temas: Cambio educativo - Francia | Educación - Francia - Filosofía Clasificación: LCC LA692 M6718 2020 | DDC 370.944

---

título original: *la tête bien faite. repenser la réforme. réformer la pensée*

© 1999 éditions du seuil, parís

© 2008 edición especial, siglo xxi editores, s.a. de c.v.

© segunda edición, 2020

e-isbn 978-607-03-1067-6

derechos reservados conforme a la ley.

prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio.

*Este libro se dirige a todos y a cada uno  
pero podría ayudar particularmente  
a los docentes y a los educandos.  
Me gustaría que estos últimos,  
si tuvieran acceso a este libro,  
y si la enseñanza los aburre,  
los agota, los agobia o los aniquila,  
pudieran utilizar mis capítulos  
para asumir su propia educación.*

## PREFACIO

*Me gustaría tanto continuar mi educación meramente humana, pero el saber no nos hace mejores ni más felices. ¡Si fuéramos capaces de comprender la coherencia de todas las cosas! ¿Acaso el comienzo y el fin de toda ciencia no están envueltas por la oscuridad? ¿O debo utilizar todas esas facultades, esas fuerzas, esa vida entera para conocer determinada especie de insecto, para poder clasificar tal o cual planta en la serie de los reinos?*

KLEIST, *Carta a una amiga*

Mi andar en los diez últimos años me ha conducido hacia este libro. Cada vez más convencido de la necesidad de una reforma del pensamiento, y por lo mismo una reforma de la enseñanza, aprovechaba diversas ocasiones para reflexionar acerca de ello. A sugerencia de Jack Lang, a la sazón ministro de Educación, había yo enunciado “algunas notas para un *Emilio* contemporáneo”.<sup>1</sup> Había planeado un “manual para alumnos, profesores y ciudadanos”, proyecto que no he abandonado. Luego, con motivo de diferentes coloquios y de diversos *honoris causa* en universidades extranjeras, empecé a inscribir en mis discursos mis ideas acerca de la formación.

Persuadido en el verano de 1997 por *Le Monde de l'Éducation* para ser el “redactor en jefe invitado” de su número consagrado a la universidad, comencé a formular

mi punto de vista. Luego, en diciembre del mismo año, el ministro Claude Allègre me pidió que presidiera un “consejo científico” dedicado a reflexionar acerca de la reforma de los saberes en los liceos. Gracias al apoyo de Didier Dacunha-Castelle, organicé las jornadas temáticas<sup>2</sup> que me permitieron mostrar la viabilidad de mis ideas. Pero éstas habían levantado tantas resistencias que el informe que las contenía zozobró sin remedio.

No obstante, mi reflexión estaba en marcha inexorablemente, y la he continuado en el presente trabajo que es su culminación.<sup>3</sup>

Quise partir de los problemas que me parecen a la vez los más urgentes e importantes y quise indicar la ruta para abordarlos.

Quise partir de las finalidades y mostrar cómo las enseñanzas primaria, secundaria y superior podían servir a esa finalidad.

Quise mostrar cómo la solución de los problemas y su efecto en las finalidades debían traer consigo necesariamente la reforma del pensamiento y de las instituciones.

Quienes no me han leído y me juzgan por habladurías del microcosmos me atribuyen extrañas ideas según las cuales yo propondría una poción mágica llamada complejidad como remedio a todos los males del espíritu. Para mí, por el contrario, la complejidad es un desafío que siempre he propuesto afrontar.

Este libro se ocupa a la vez de la educación y de la enseñanza. Estos dos términos se superponen pero también se diferencian.

La “educación” es una palabra sólida: “Puesta en acción de los medios apropiados para asegurar la formación y el desarrollo de un ser humano; estos medios en sí mismos” (diccionario Robert). El término “formación”, con sus connotaciones de modelado y de conformación, tiene el

defecto de ignorar que la misión del didactismo es alentar el autodidactismo despertando, suscitando, favoreciendo la autonomía de la mente.

La “enseñanza”, arte o acción de transmitir conocimientos a un alumno a fin de que los comprenda y asimile, tiene un sentido más restrictivo, ya que es únicamente cognoscitivo.

A decir verdad, la palabra “enseñanza” no basta, pero la palabra “educación” conlleva exceso y también carencia. En este libro voy a zigzaguar entre ambos términos teniendo en mente una enseñanza educativa.

La misión de esta enseñanza es transmitir, en vez de puro saber, una cultura que permita comprender nuestra condición y nos ayude a vivir; también lo es favorecer una manera de pensar abierta y libre.

Kleist tiene mucha razón: “El saber no nos vuelve mejores ni más felices.”

Pero la educación puede ayudar a ser mejores y, si no felices, por lo menos nos enseña a asumir la parte prosaica y a vivir la parte poética de nuestras vidas.<sup>4</sup>

---

<sup>1</sup> Se refiere a *Emilio, o de la educación*, ensayo de Jean-Jacques Rousseau sobre el tema (1762). [T.]

<sup>2</sup> La memoria de estas jornadas fue publicada con el título *Relier les connaissances [Relacionar los conocimientos]* por la editorial Seuil en 1999.

<sup>3</sup> Agradezco a Jean-Louis Le Moigne y a Christiane Peyron-Bonjan por aportarme sus observaciones críticas en la relectura del manuscrito.

<sup>4</sup> Este ensayo no contiene bibliografía específica; ella será proporcionada con el *Manual para alumnos, profesores y ciudadanos* que será redactado ulteriormente.

## 1. LOS DESAFÍOS

*Nuestras universidades actuales forman en todo el mundo una proporción demasiado grande de especialistas de disciplinas predeterminadas, y por lo mismo delimitadas artificialmente, mientras que una gran parte de las actividades sociales, como el propio desarrollo de la ciencia, solicita hombres capaces a la vez de tener una muy amplia visión de conjunto y de focalizar problemas específicos en profundidad; asimismo, los sucesivos progresos transgreden las fronteras históricas entre las disciplinas.*

LICHNEROWICZ

Hay una inadecuación cada vez más amplia, profunda y grave entre, por una parte, nuestros saberes desarticulados, fragmentados, compartimentados en disciplinas y, por la otra, las realidades o problemas cada vez más polidisciplinarios, transversales, multidimensionales, transnacionales, globales, planetarios.

En esta situación se vuelven invisibles:

los conjuntos complejos,  
las interacciones y retroacciones entre las partes y el todo,  
las entidades multidimensionales,  
los problemas esenciales.

De hecho, la hiperespecialización<sup>1</sup> impide ver la globalidad (al fragmentarla en parcelas) y también la esencia (al disolverla). Ahora bien, los problemas esenciales nunca son parcelarios, y los problemas globales son cada día más esenciales. Además, todos los problemas particulares sólo pueden plantearse y pensarse correctamente en su contexto, y el propio contexto de estos problemas debe plantearse cada vez más en el contexto planetario.

Al mismo tiempo, el recorte en disciplinas impide percibir “lo que está entretelado”, es decir, lo complejo, según el sentido original del término.

El desafío de la globalización es, entonces, al mismo tiempo un desafío de complejidad. Hay, en efecto, complejidad cuando son inseparables los distintos componentes que integran un todo (como lo económico, lo político, lo sociológico, lo psicológico, lo afectivo, lo mitológico), y hay tejido interdependiente, interactivo e interretroactivo entre las partes y el todo, el todo y las partes. Los desarrollos propios de nuestro siglo y de nuestra era planetaria nos confrontan cada vez más seguido, y cada vez de manera más ineluctable, a los desafíos de la complejidad.

Como lo han dicho Aurelio Peccei y Daisaku Ikeda, “la aproximación reduccionista que consiste en acometer una sola serie de factores para solucionar la totalidad de los problemas planteados por la crisis multiforme que atravesamos en la actualidad es menos una solución que el problema mismo”.<sup>2</sup>

Efectivamente, la inteligencia que únicamente sabe separar fractura lo complejo del mundo en fragmentos desarticulados, fracciona los problemas, unidimensiona lo multidimensional. Atrofia las posibilidades de comprensión y de reflexión eliminando también las oportunidades de un juicio correctivo o de una visión de largo plazo. Su

insuficiencia para tratar nuestros problemas más graves constituye uno de los problemas más graves a que nos enfrentamos. Así, mientras los problemas se vuelven más multidimensionales, hay mayor incapacidad de pensar su multidimensionalidad; mientras más progresa la crisis, más progresa la incapacidad de pensar la crisis; mientras los problemas se hacen más planetarios, más impensados se hacen. Una inteligencia incapaz de considerar el contexto y la complejidad planetaria nos hace ciegos, inconscientes e irresponsables.

Los desarrollos disciplinarios de las ciencias no sólo aportaron las ventajas de la división del trabajo, también trajeron consigo los inconvenientes de la sobreespecialización, de la compartimentación y la fragmentación del saber. No produjeron nada más conocimiento y elucidación, también produjeron ignorancia y ceguera.

En lugar de contraponer correctivos a estos desarrollos, nuestro sistema de enseñanza les obedece. Se nos enseña desde el jardín de niños a aislar los objetos (de su entorno), a separar las disciplinas (en vez de reconocer sus solidaridades), a desarticular los problemas, más que a relacionarlos e integrarlos. Se nos conmina a reducir lo complejo en lo simple, es decir a separar lo que está ligado, a descomponer en vez de recomponer, a eliminar todo aquello que aporta desorden o contradicciones a nuestro entendimiento.<sup>3</sup>

En estas condiciones, las mentes jóvenes pierden sus aptitudes naturales de contextualizar los saberes e integrarlos en sus respectivos conjuntos.

Ahora bien, el conocimiento pertinente es aquel capaz de situar toda información en su contexto, y si es posible en el conjunto en el que está inscrito. Se puede decir incluso que el conocimiento progresa principalmente, no por sofisticación, formalización y abstracción sino por la

capacidad de contextualizar y globalizar. Así, la ciencia económica es la ciencia humana más sofisticada y más formalizada. Y a pesar de ello los economistas son incapaces de ponerse de acuerdo acerca de sus predicciones, que a menudo son erróneas. ¿Por qué? Porque la ciencia económica está aislada de las otras dimensiones humanas y sociales que le son inseparables. Como dice Jean-Paul Fitoussi,<sup>4</sup> “muchos disfuncionamientos, en la actualidad, proceden del mismo debilitamiento de la política económica: el rechazo a afrontar la complejidad”. La ciencia económica es además incapaz de abordar aquello que no es cuantificable, es decir las pasiones y las necesidades humanas. Es por ello que la economía es a la vez la ciencia matemáticamente más avanzada y la más humanamente atrasada. Ya lo había dicho Hayek: “Nadie puede ser un gran economista si sólo es economista.” Agregaba incluso que “un economista que sólo es economista se vuelve nocivo y puede llegar a ser un verdadero peligro”.

Debemos por lo tanto pensar el problema de la enseñanza a partir, por un lado, de la consideración de los efectos cada vez más graves de la compartimentación de los saberes y de la incapacidad de articularlos unos con otros, y por otro lado a partir de la consideración de que la aptitud para contextualizar e integrar es una cualidad fundamental de la mente humana que hay que desarrollar en vez de atrofiar.

Detrás del desafío global y de lo complejo se esconde otro desafío, el de la expansión incontrolada del saber. El incremento ininterrumpido de los conocimientos construye una gigantesca torre de Babel atiborrada de lenguajes discordantes. La torre nos domina porque no podemos dominar nuestros saberes. T. S. Eliot decía: “¿Dónde está el conocimiento que perdemos en la información?” El conocimiento no es conocimiento sino en tanto que es organización puesta en relación y en el contexto de las informaciones. El especialista de la disciplina más estrecha